

5. Historia de las ideas e historias disciplinares

Debate sobre la ponencia de Hugo Vezzetti

Sylvia Saítta, María Teresa Gramuglio, Beatriz Sarlo,
Adrián Gorelik, Carlos Altamirano, Luis Rossi

Sylvia Saítta

Con respecto al tema de la divulgación del discurso de la sexología, tan atento al problema del aburrimiento de la mujer dentro del matrimonio; mi pregunta es de qué modo convive este discurso con otros discursos, centralmente el católico, donde más bien predomina la idea de que la mujer no debe manifestar ningún tipo de pasión, donde el placer se vive como culpa, sobre todo si está casada. La mujer honesta no debe manifestar pasión: este discurso aparece en lugares insospechados; Vezzetti mencionaba a Roberto Arlt, y en Arlt si bien está el tema de lo prostibulario también aparece, por ejemplo en *Los siete locos*, el horror de Erdosain cuando descubre que Elsa puede desear o fabular la existencia de un amante, o en el caso de *El amor brujo*, que gira en torno del conocimiento que tiene Irene sobre la sexualidad. La pregunta entonces es de qué modo esta divulgación y con-

sumo masivo por parte de hombres se tradujo efectivamente en la construcción de una concepción de una sexualidad femenina diferente, o, más bien, si es un discurso que perdió ante la hegemonía de un discurso como el católico, donde la soledad femenina aparece totalmente reprimida.

María Teresa Gramuglio

Habría muchas cuestiones para comentar de la ponencia que tienen que ver con los planteos conceptuales, metodológicos del trabajo, por un lado, y por otro con las representaciones literarias, pero las voy a dejar de lado. Lo que quisiera plantear tiene que ver con algo que dijo Sylvia Saítta recién: la enorme difusión de *El matrimonio perfecto*, que es asombrosa en cifras y en continuidad en los años. Si además eso está efectivamente rodeado de otra cantidad de discursos, incluidos los perio-

dísticos, otras publicaciones, revistas, como se definió acá, quería recordar algo que no está en la literatura y creo que alguna vez lo comentó el propio Hugo Vezzetti, que es una escena de *Respiración artificial*, de Piglia, que en este momento se me ocurre casi emblemática, cuando el narrador cuenta que en el ropero de los padres estaba bajo llave *El matrimonio perfecto* de Van de Velde. Creo que es emblemática porque también estaba en el de mis padres y seguramente en el de muchos de los padres de nosotros, estaba ahí, bajo llave; algunos chicos lo sabíamos, otros no, nos enterábamos por los primos. Efectivamente, el asunto es que estaba bajo llave. Entonces, yo me pregunto: ¿cuál era la escena de lectura?, ¿quienes?, ¿cuándo?, ¿a qué hora, en qué momento lo leían?

La segunda cuestión que me planteo es cómo se filtraba eso, a través de qué poros, porque el otro polo, justamente, de esa escena que con-

sidero emblemática —la del libro en el ropero de los papás—, no se traduce en un discurso, en una conversación, en una circulación ni en la escuela, ni en la familia, que yo sepa, sino más bien en un tabú: de eso no se habla. Estaba la iglesia, como dice Sylvia, por un lado, pero además, uno mira la media de las representaciones novelísticas, narrativas, y lo que sigue encontrando es lo de Arlt: o bien mujeres insatisfechas, o que cuando quieren satisfacerse son muy poco bien vistas, como si a pesar de esa enorme difusión y tantas ediciones el libro no hubiera modificado en nada la verdadera circulación del discurso y las actitudes hacia ese mundo, aún puesto en el lugar de la salud y de una familia para que la gente fuera más feliz y todo lo demás. Ese tema me inquieta: tanta difusión y tan poca visibilidad al mismo tiempo.

Beatriz Sarlo

Conozco el trabajo de Hugo Vezzetti, por lo menos pude leer una versión, no sé si es exacta, pero tuve el gusto de leer el trabajo escrito. Creo que es bien trascendente el lugar que le asigna y le asignó en su exposición a Ingenieros en este tema del amor y la sexualidad. Porque uno puede encontrar las huellas de la contraposición de Ingenieros entre domesticidad y pasión, las huellas de esas estructuras

de sentido en conflicto en la literatura, en las revistas, en el mismo Ingenieros publicado en revistas de circulación masiva, etc. Y, lo que se me ocurre como comentario —y también en el momento en que uno leyó a Ingenieros se le ocurría—, es que Ingenieros intenta la primera solución medio-burguesa a la cuestión. Porque la contraposición “en el matrimonio no hay pasión” / “la pasión está en otra parte”, es una contraposición que funciona bien para los sectores acaudalados o para los sectores muy bajos de la sociedad, los sectores donde, en las últimas décadas del XIX, la familia nuclear todavía no había terminado de constituirse. De hecho, uno podría decir que en Buenos Aires la contraposición de matrimonio por un lado y pasión por el otro era una contraposición que podía estar muy bien adecuada a la forma de vida de los sectores acaudalados. Pero que en cuanto la sociedad debiera pensar formas de vida cotidiana para los sectores medios no acaudalados, esa contraposición se tornaba irrealizable, no se podía tener ni siquiera como ideal porque en la práctica era irrealizable. Por lo tanto, había que buscar algunas otras formas de sutura y contención del deseo que se va fuera del matrimonio.

Creo que Ingenieros es el primero que encuentra una fórmula, una fórmula que la sociedad argentina no puede aceptar, que es la fórmula del matrimonio sucesivo. Cuando

él dice, cambiemos sucesivamente de pareja en la medida en que querramos hacer coexistir pasión y domesticidad, porque la domesticidad mata la pasión; la única forma de salir de la domesticidad es recrear una nueva relación. Sobre todo, pensando en el problema de los hijos. Es decir que uno podría leer esa solución no como una solución controladora sino más bien como una solución para el uso de las capas medias. Podían tener una fantasía de relación, del deseo y de la institución matrimonial al mismo tiempo. Y yo creo que escuchando la exposición de Vezzetti funciona como una solución mucho más perfecta, y diría de más bajo nivel de control. Porque allí se plantea por primera vez que pasión y matrimonio no están discutidos, y dejamos para que se resuelva en sedes filosóficas o psicológicas si pueden coexistir o no; pero lo que sí puede coexistir es institución matrimonial y placer erótico, que antes estaba pegado a la pasión y separado de la institución matrimonial.

El movimiento típicamente mesocrático que creo que hace *El matrimonio perfecto* es unir por primera vez placer erótico con matrimonio. Que en la historia y en la ideología aparecían separados y, por tanto, solo disfrutables por los sectores acaudalados que podían permitirse una “doble vida”.

Creo que sería importante reconstruir, de alguna manera, el saber tradicional católico y no católico sobre lo sexual, y las imágenes de lo masculino y lo femenino en relación con lo sexual. Creo que sería interesante ver cómo ese texto tan popular, *El matrimonio perfecto*, trabajó sobre un imaginario que ya existía, o sobre toda una serie de temas que eran percibidos por los actores que van a consumir, supongo que de clase media como dijo Sarlo, ese texto. Por lo tanto, si aún es difícil metodológicamente reconstruir ese saber y esa cosmovisión sobre lo sexual, lo masculino y lo femenino, supongo que tiene que haber métodos indirectos, uno de los cuales será encontrar cuáles eran los problemas vinculados a lo sexual que la sociedad argentina definía como problemas: enfermedades venéreas, infertilidad, adopción, hijos bastardos, relaciones de hecho, abandono, en un contexto en que el divorcio no existía, el aborto no existía y la contracepción como tema que formara parte de la educación sexual tampoco existía. Diría que ahí hay un elemento importante para trabajar.

Otra pregunta que creo que debe hacerse es en qué momento aparecen en los diarios los consultorios sentimentales, cuándo la gente comienza a escribir y cuándo aparecen los médicos, o no sé quién, que contestan esas cartas, en qué diarios.

Mi último comentario es que no hay que olvidar en este contexto las letras del tango. Allí se presenta, independientemente de las diversas interpretaciones, un panorama en el cual la realización del amor romántico y la pasión es aparentemente imposible, por un lado, y por otro lado, la libertad de la mujer de irse. Donde no hay ninguna solución como la que Sarlo encuentra en la novela romántica a través del matrimonio. O sea que hay contextos diferentes, diría que están las soluciones burguesas, está la solución de las novelas románticas —digamos, que la gente de abajo se puede casar con la de arriba—, y está el tango que lo mantiene irresuelto; o sea, hay un contexto adicional, en la misma época, el mismo período, que debería atenderse.

Carlos Altamirano

La pregunta a formular sería: ¿qué verdad sociológica atribuirle a la verdad novelesca? Porque me temo, no sé si escuché mal, que el planteo de Eduardo Archetti nos lleve demasiado rápidamente a extraer de los textos novelescos o de las letras de tango indicadores que nos hablan inmediatamente de las relaciones sociales existentes. Recuerdo, en este sentido, un trabajo sobre *El suicidio* de Durkheim y el suicidio de la heroína de *Madame Bovary*.

Y el trabajo comparaba el suicidio novelesco con la investigación rigurosamente sociológica de Durkheim, de acuerdo con la cual era improbable que una mujer perteneciente a la burguesía media, católica y de provincia se suicidara. La verdad novelesca de *Madame Bovary* resultaba improbable como verdad sociológica. El trabajo derivaba de allí la necesidad de distinguir entre verosimilitud literaria y verdad sociológica. No sé si las novelas que tiene en mente Beatriz Sarlo tienen además verdad novelesca, es decir, verosimilitud. En cuanto a los tangos, habría que ver en qué medida sus letras evocan un mundo social real y en qué medida realizan tópicos cuya verosimilitud depende de la implantación de esos tópicos, justamente. O sea, cuántas de esas "percantas" se iban en las letras de tango porque realizaban un tópico literario de ese romanticismo tardío que está en la poética del tango.

Quisiera añadir, también, una reflexión conectada con este campo (llamésmolo así, porque es difícil identificarlo con una disciplina), que oscila entre historia disciplinaria, historia de las ideas, historia cultural, etc. En la aproximación a este campo veo un riesgo, riesgo que no es indisoluble de la seducción-atracción que ejercen los logros y las destrezas de la crítica literaria. La preocupación que quisiera expresar sería la de no renunciar, en relación con

los diferentes objetos u objetivaciones de este campo, a la distinción entre los análisis que se quieren ligados a un trabajo de conocimiento y los discursos de sugestión literaria. Para emplear una fórmula: hay que estar dispuestos a responder la pregunta: ¿Y usted cómo sabe eso?

Quiero, por último, referirme al planteo de Hugo Vezzetti: que se pueden construir *corpus* en que se conjuguen textos que pertenecen a distintos registros discursivos. Y él ha mostrado muy bien cómo pueden ser extremadamente productivos esos encajalamientos y cómo hay ecos de un tipo de texto a otro. El riesgo está en la amalgama y el achatamiento, haciendo que diferentes textos digan lo mismo. La descripción que hizo Vezzetti me hace pensar en lo siguiente: cómo comunicar entre sí, pero también cómo distinguir textos que pertenecen a diferentes regímenes. Por ejemplo, una primera distinción podría hacerse entre textos doctos y textos profanos, sometidos a reglas y exigencias diferentes, lo que no significa que no haya ecos de un medio discursivo a otro. Al señalar esto estoy pensando también en el trabajo que presenté en este coloquio. Al hacerlo pude ver que muchos hablan de lo mismo, pero no todos hablan del mismo modo. Entonces, la cuestión es cómo evitar que el tratamiento de los escritos en una especie de abordaje estadístico conduzca

a entresacar términos y someterlos a una misma descripción, a veces a expensas de la densidad del escrito en cuestión, o ignorando las reglas a las que éste está sometido.

Volviendo, entonces, al comienzo: cuando se lee un texto de ficción, uno se pregunta de qué habla ese texto. ¿Habla de relaciones sociales? ¿De un cierto imaginario? Y en este caso, esas significaciones, ¿índice de qué son? Creo que habría que precaverse de interpretarlas como si hablaran inmediatamente, como si me remitieran necesariamente a configuraciones existentes. En segundo lugar, tomar también con cautela las asociaciones más o menos libres que muchas veces nos seducen en discursos que extraen su capacidad de sugerencia de una crítica literaria que no suele interesarse demasiado por la consistencia de los conceptos.

Adrián Gorelik

Una referencia muy breve, que tiene que ver con lo que acaba de decir Altamirano, a una parte muy importante del trabajo de Hugo Vezzetti: hay toda una reflexión en su ponencia acerca de cómo se trabajan estos temas de la historia cultural. En realidad, debo aclarar que Vezzetti fue víctima de una primera convocatoria a las Jornadas, cuando todavía pensábamos que todos debíamos hacer el esfuerzo de

realizar ponencias *ad hoc* con reflexiones metodológicas sobre los problemas de la historia cultural; luego nos pareció que era pedir demasiado que alguien no sólo escribiera un trabajo sobre su tema sino que, además, hiciera luego una reflexión metodológica o conceptual; pero él se entusiasmó con la primera consigna y fue el único que lo realizó. Por suerte, porque creo que su reflexión es bien importante y sienta un precedente sobre el cual vamos a seguir pensando los que trabajamos en los temas de historia cultural pero, como él mismo, desde disciplinas que exigen necesariamente la articulación de esferas diferentes, con lógicas diferentes (no sólo disciplinares, también con diferentes dimensiones, discursivas y no discursivas, de la significación).

Vezzetti señala que uno tiene que trabajar en cada una de estas lógicas en profundidad, por separado, y luego es en la escritura donde se produce la articulación. Y creo que aquí es traicionado por un imaginario —distante de la realidad de su práctica que uno puede deducir leyéndolo—, en el que pesa una especie de utopía de trabajo intelectual para la cual la Argentina no es el lugar más preparado; es la utopía de que alguna vez se puede tener lo que Schorske tenía cuando realizó su libro sobre Viena, es decir, todas las fuentes secundarias de primer nivel en cada una de las líneas temáticas o dis-

disciplinarios que su escritura articula. Pero cuando es el propio historiador el que tiene que construir cada una de esas líneas en el mismo momento de su propia investigación, ocurre lo que ocurre afortunadamente en el trabajo de Vezzetti, que podría sintetizarse diciendo que el historiador produce siempre un desajuste en el modo de interrogar; es decir, le realiza a las fuentes y a los problemas de la historia cultural preguntas de un especialista (en algunas de estas lógicas, en su caso, el psicoanálisis y la psiquiatría), y, al mismo tiempo y en el mismo procedimiento, a la historia científica le hace preguntas desde la óptica de la historia cultural. Creo que es ese cruce entre la manera de preguntar y la dinámica de su propia disciplina lo que produce un conocimiento nuevo. Entonces, la misma persona es la que con distintos ojos se plantea diferentes problemas y diferentes preguntas para diferentes líneas específicas disciplinarias o discursivas, respetando su autonomía, pero al mismo tiempo traicionándola, al hacerles preguntas que un experto en esa tradición no les haría nunca.

Luis Rossi

Me gustaría preguntar al profesor Vezzetti: en su ponencia relaciona la eugenesia, en la que distingue un aspecto po-

sitivo que es el que duraría más en el tiempo, y el aspecto negativo que se ocupa de los problemas de la degeneración y la herencia. Al mismo tiempo, señala que la sexología o este discurso sobre el sexo es recibido y paulatinamente va reemplazando a la eugenesia, es decir, que los mismos que hablaban de eugenesia en determinado momento se ponen a hablar de sexología. Sin embargo, también aclara que la sexología no cuenta con ningún tipo de legitimidad científica que la eugenesia sí tenía. No me queda claro cómo es que la eugenesia, si no pierde inmediatamente su legitimidad científica, puede ser reemplazada por un saber en el cual, explícitamente, todos remiten a su no legitimidad científica.

Hugo Vezzetti

Comienzo por aclarar esto último. Yo hablé de legitimidad académica, en el sentido de la que otorgaba la institución académica que era, en ese caso, la Facultad de Medicina. Allí el género sexológico tal como lo representa Van de Velde no entra. Pero sí entra la higiene del sexo y la psicopatología sexual. En todo caso, mi hipótesis es que el freudismo juega un papel importante en la relativa incorporación académica de un saber sobre la sexualidad, en eso que Myers recordaba como el pasaje de la herencia a

la libido, que es algo que se da posteriormente.

Son muchas las cuestiones que quedaron planteadas y sin duda no soy capaz de responder a todas ellas. Jorge Myers me ha tratado muy bien y se ha revelado como un lector atento, con cuya lectura no puedo menos que coincidir. Me atrae la idea de que el "objeto" de mi investigación emerge como tal en el cruce de saberes y discursos heterogéneos, pero al mismo tiempo hay para mí exigencias que derivan de la fidelidad a las diversas preguntas, que son otras tantas reconfiguraciones de ese objeto, a tal punto que ya no se sabe si es uno o muchos. Me gusta que se reconozca esa dimensión de no arbitrariedad en la construcción de mis objetos; es menos una decisión que una imposición a partir de la naturaleza de las preguntas que me orientan.

Respecto de la pregunta de Sylvia Safta, si no entiendo mal se articula con una parte de la intervención de María Teresa Gramuglio y tiene que ver con el modo en que esta difusión de un discurso renovado sobre la sexualidad en el matrimonio puede coexistir e interactuar con el sentido común católico. No tengo una respuesta definitiva porque justamente esa zona que tendría que ver con la historia de la "sensibilidad" no es la que he trabajado y, al mismo tiempo, es la más difícil. Supone ver cómo esas nuevas representaciones se incorporan y, en todo caso,

qué nivel de eficacia tienen no sólo en el imaginario, sino también en el modo como las personas procesan sus creencias, sus ideales, sus valores; y las consecuencias sobre las costumbres y el comportamiento sexual. Todo esto no es fácil de investigar y, por otra parte, no ha sido un objetivo central en mi trabajo, en la medida en que me concentro sobre la historia de las ideas.

De cualquier manera, tengo algunas ideas. Creo que hay una tradición discursiva intelectual en la Argentina que instituye una tradición fuertemente laica en el tratamiento de estas cuestiones. Esto es claro en un primer momento, si uno toma el caso de Ingenieros, pero alcanza una extensión suficientemente amplia a través de estas nuevas instituciones culturales, editoriales, revistas y periódicos. Para mí el papel de Ingenieros es fundamental y por eso le dedico un capítulo en mi libro. Y creo que esto se difunde en la sociedad. Por lo tanto, en este marco de modernización cultural y de las ideas hay una tradición que estaba establecida y no extraña que alimentara un tratamiento de las cuestiones de matrimonio y de la sexualidad.

Esa tradición, además, me parece que es determinante en los modos de recepción del freudismo, que contrastan con la recepción en países de tradición católica aparentemente similar a la argentina y en los

que la oposición católica al freudismo fue muy fuerte, como es el caso de Italia o España. Aquí no hubo oposición católica, fuera de algunas figuras del nacionalismo católico como el padre Castellani, pero que no tuvieron mayores consecuencias. Incluso las críticas de los medios científicos y médicos reticentes a Freud carecieron, en todo caso, de la preocupación acerca de si el freudismo era o no compatible con la moral católica o con la cosmovisión católica. Ese tipo de problemas no apareció o apareció muy marginalmente.

Ahora bien, ¿cómo coexiste esta tradición laica con el sentido común y las costumbres católicas respecto del matrimonio y la familia? En todo caso, ese espacio de las ideas y las representaciones ligadas a la "sensibilidad" de ninguna forma debe ser pensado como un cuerpo cerrado y homogéneo, sino como un espacio atravesado por escisiones y contradicciones. Si uno lo piensa más contemporáneamente —las posiciones de la Iglesia sobre el divorcio o los anticonceptivos y la diferencia con lo que la mayoría de los católicos hace—, no me extrañaría que existiera cierta separación entre la creencia religiosa y la aceptación de ciertos saberes que complejizaban el modo en que se pensaba y se vivía la vida sexual matrimonial. No hay muchas fuentes para reconstruir lo que pasaba con la sexualidad de la gente común. Están los casos

sexológicos que publica Ingenieros, que dejó el registro de una cierta clínica sexológica alrededor del Centenario. Y esos casos eran, efectivamente, mujeres de clases medias, profesoras, maestras, mujeres que se casaban y no consumaban su matrimonio. Y aunque no se puede considerar un caso representativo del modo en que los médicos en general trataban esas cuestiones, Ingenieros se mueve con una extrema liberalidad y mucho sentido común frente a temas como la masturbación, la iniciación en la educación sexual y el placer erótico, tanto del hombre como de la mujer. Allí se despliega una cierta clínica del sexo que demuestra que a principios de siglo zonas de la erótica matrimonial formaban parte del tipo de consulta que podía recibir como médico. Y esto se publica en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, sin escandalizar a nadie. Ésa es una vía posible para rastrear los cambios en los comportamientos sexuales que acompañan los nuevos discursos. Estamos hablando de algo que sucede 25 años antes de la publicación de *El matrimonio perfecto* en la Argentina.

Otra vía es considerar el catálogo completo de la editorial *Claridad* y de otras editoriales en relación con los temas sexológicos, que incluyen no sólo la temática anticonceptiva, sino ciertos métodos abortivos. Dora Barrancos lo ha indagado en relación con zonas del discurso

anarquista y socialista. En ese sentido, el discurso de izquierda contribuye a esa tradición laica pero con una visión ambigua, que mantiene el predominio de la cuestión eugenésica. Pero la eugenesia también es un discurso laico. La iglesia no incorpora en absoluto la eugenesia como un discurso compatible con la visión cristiana del matrimonio. Por lo tanto, la eugenesia, que todavía no habla de erótica matrimonial, ya es un discurso de extenso sentido común, que atraviesa todos los sectores y no condice con la cosmovisión católica.

La eugenesia se legitima académicamente y hay una institución y una sociedad de eugenesia que funciona en la Facultad de Medicina. Pero, al mismo tiempo, tiene una extensa legitimidad por fuera de la institución académica porque, además —y esto contradice algunas de las tesis de Barrán—, de la eugenesia se apoderan todos. De la eugenesia se apoderan los sectores conservadores, pero también se apoderan los sectores contestatarios. Hay una eugenesia obrerista y anti-burguesa que razona del siguiente modo. Para Marx, la condición de la explotación capitalista es la existencia de una extensa masa de fuerza de trabajo disponible. Por lo tanto, si la clase obrera adquiere conciencia de sí y decide limitar el número de hijos, tiene las siguientes consecuencias: primero, restringe la masa de fuerza de trabajo, por lo tanto

la valoriza, en un efecto estrictamente económico de acuerdo con la lógica de la explotación capitalista. En segundo lugar, esa descendencia va a ser mucho más sana y mejor educada, por lo tanto va a ser mucho más consciente. En tercer lugar, como la clase burguesa tiene una forma de vida, decían, antinatural y artificiosa, dada a los lujos y a los placeres, está biológicamente destinada a la declinación. Y una clase obrera reducida, consciente de sí misma y sostenida en los ideales de la eugenesia, está destinada, indefectiblemente, a prevalecer en un futuro más o menos lejano. En fin, por muchos lados se horada el sentido común católico, aunque no sea fácil medir sus efectos en términos de actitudes y costumbres.

En cuanto a las "escenas de lectura" de Van de Velde, me parece sobre todo una escena de lectura solitaria. Van de Velde tiene la pretensión de mostrar que su libro no se contradice con la moral cristiana, católica en particular, y que es compatible con cualquier concepción religiosa. El matrimonio puede ser "perfeccionado" si se atiende a esa dimensión erótica y cada pareja pondrá sus propios valores religiosos y morales. A tal punto que en *El matrimonio perfecto* no habla de la anticoncepción. La iglesia no lo recibe bien, de cualquier forma. Porque en la medida en que se sacan a relucir las cuestiones de la sexualidad, a

través de descripciones muy realistas de las relaciones sexuales, ¿quién puede garantizar que eso va a quedar limitado al marco del matrimonio? Si la sexualidad es una fuente tan inagotable de dicha, ¿por qué va a quedar limitada al matrimonio? Parece que la iglesia sabe más sobre el deseo que los sexólogos. Efectivamente, presupone que puede ser el acompañante de ensoñaciones autoeróticas o de ciertas formas de estimular una actividad sexual más bien disruptiva e inmoral, desde el punto de vista de la moral cristiana. Por lo tanto, si el libro estaba guardado como algo prohibido y se lefa a escondidas, se puede presuponer que, en realidad, lo que pensaba la Iglesia estaba más cerca de las lecturas efectivas que la pretensión neutral y puramente ilustrada de Van de Velde.

En cuanto a los resultados, o los pocos resultados. Efectivamente, es un problema abierto. En todo caso ya es algo que el tema surja y se hable; de modo que si existe el tabú también existen las críticas y las denuncias sobre el tabú. Hay un testimonio muy interesante que, finalmente, no trabajé, que es de Gombrowicz, en la revista *Viva cien años*, una revista de divulgación médica de la que me ocupé. Escribe una serie de notas, firmadas con seudónimo, sobre lo que llama el drama erótico del hombre y la mujer argentina. Descubrí tardíamente, hace unos meses y

gracias al testimonio de Alejandro Rusovich, que las notas eran de Gombrowicz, escritas para ganarse unos pesos. De cualquier forma, la argumentación de Gombrowicz propone que entre nosotros el erotismo está oculto, sobre todo en el caso de la mujer, que no se libera al juego de la seducción, y lo examina comparándola con la exposición más pública de la mujer europea. De modo que, se puede suponer efectivamente que las transformaciones del erotismo se mantenían en un espacio escindido. Podría decirse, hipotéticamente, que si hubo una eficacia del mandato católico operó en ese sentido, el de una representación más formal, más moderada y pudorosa hacia afuera de la institución matrimonial, separada de una zona más escondida que, probablemente, no estaba tan ordenada y disciplinada de acuerdo con esos valores. Evidentemente, es algo muy difícil de indagar.

Respecto de la intervención de Beatriz Sarlo, que es más que una pregunta, yo acentuaría lo que ella dice. En realidad, la "solución" es la que propone Van de Velde; mientras que en Ingenieros, más que solución hay una problematización de la cuestión. Además, en la serie de ensayos sobre el amor hay variantes y, al final, él tiene una mirada más integradora. Afirma que en la medida en que se avance en la socialización de las tareas domésticas (el programa socialista, más

bien, radicalizado: divorcio vincular, igualdad del hombre y la mujer ante la sociedad), entonces será posible pensar que amor y domesticidad tengan una solución relativamente integrada en el marco matrimonial. Ya no insiste con la primera idea, radicalizada y antiburguesa, del amor múltiple y la superación de la monogamia, que es una visión que corresponde al Ingenieros muy joven y a una mirada modernista-anarquista. Pero, de cualquier manera, Ingenieros acentúa siempre el papel de la pasión como un elemento disruptor e imprevisible, mientras que Van de Velde elimina ese problema y reduce el desempeño erótico a una cuestión de saber y aun de técnica. De modo que estoy de acuerdo con que esa construcción encaja mejor con el movimiento de una renovación de las relaciones, incluso de las relaciones sociales entre los sexos, que forma parte de ese ciclo de la modernización cultural. En efecto, una de las hipótesis a plantear es que esta propuesta de Van de Velde y su recepción, que viene a decir que hay que tomar en cuenta el lugar de la mujer y su satisfacción erótica, tiene como condición una actitud de mayor rebeldía de la mujer frente a su lugar tradicional; por lo tanto, es del lado de la mujer donde puede haber una presión social para que se produzcan cambios en las relaciones amorosas.

En cuanto a lo que planteaba Carlos Altamirano, efec-

tivamente, hay un cruce, un espacio cruzado entre representaciones sociales y conceptos. Me interesa acentuar que hay una dimensión de discurso que debe ser leída dentro de una lógica de sistematización disciplinar y que, en principio, debe diferenciarse de ese otro orden de representaciones colectivas menos sistemáticas, más difusas. Pero después, efectivamente, hay que construir las intersecciones. Me gusta la forma en que lo dice Adrián Gorelik, como un cruce de las preguntas que hace interactuar esos registros. Pero cruzar las preguntas no quiere decir mezclar y aplanar el *corpus*. Conuerdo absolutamente con que el peor riesgo es la amalgama, en cuanto niega la heterogeneidad y hace pensar que todo es lo mismo. Ahora bien, no sé hasta qué punto fui capaz de lograrlo en el trabajo y eso está ahí para que sea juzgado. Yo intento, efectivamente, analizar y poner en relación distinciones. Quiere decir, por ejemplo, que cuando abordo la cuestión de la sexualidad femenina, puedo leerlo en un registro que es de las representaciones sociales de la mujer, y ahí es donde me parece que es legítimo construir una serie que recurra a los ensayos y a los textos literarios; pero que además hay un núcleo conceptual que debe ser atendido, como cuando se establece una teoría sobre la relación entre el espermatozoide y el óvulo. Es una construcción que tiene un ni-

vel de teorización que, en todo caso, tiene que ser analizada según su especificidad, su justificación y su verosimilitud científica de acuerdo con los parámetros de la época. No puede ser resuelto en términos de un simple reflejo de la representación social y no estaría de acuerdo con la simplificación que resultaría de decir que es una proyección del machismo en la fisiología. Los objetos y los problemas de la fisiología, en este caso, no nacen fuera de un campo histórico cultural; para mí esto es claro. Pero un concepto de la fisiología forma parte de

una trama que tiene una lógica propia de construcción y, en ese sentido, no hay fisiología machista o feminista. Al mismo tiempo, es evidente que no quiero hacer historia de la fisiología sexual, ni historia de la ciencia en el sentido tradicional. Entonces, busco trabajar en un espacio de interacción y de desplazamiento, en el que no hay una forma a priori de establecer cómo se delimitan y cómo se interpretan las relaciones entre esos discursos heterogéneos.

Bueno, me quedaron otras preguntas. En cuanto a lo que

planteaba Archetti, no puedo decir nada. Se refiere a un trabajo de antropólogo que me excede. Yo le propongo que él haga alguna vez ese trabajo sobre las letras del tango que es un tema que me inspira poco; vendría muy bien que alguien trabajara esa zona de las representaciones y su impacto sobre el imaginario erótico. Pero en esa extensión del *corpus*, en todo caso, me interesaría igualmente por la diversidad de las representaciones, por el modo en que se precipitan nociones, tópicos, apelaciones morales, conflictos y escisiones. □